

175 ANIVERSARIO DEL INCENDIO DE SAN SEBASTIAN (1813 - 1988)

Por J. IGNACIO TELLECHEA IDIGORAS (*)

Una ciudad, cualquier ciudad, cuando cuenta con historia de siglos, vive acontecimientos que van marcando como hitos el ocurrir del tiempo: unos gloriosos y festivos, otros amargos y trágicos. Quienes los han vivido conservan su recuerdo fresco en la memoria, lo transmiten en familia a sus hijos, hasta que se van desdibujando. Porque, además de los hechos, existe su memoria o recordación, esa que a veces asume caracteres sociales y públicos y en que la rememoración ayuda a conservar el recuerdo. Los hechos pasan, la memoria queda. Mas también hay que decir que la memoria es frágil, voluntariosa y hasta caprichosa. Estos meses de verano se han cumplido los cuatrocientos años de la llamada Jornada de Inglaterra, más conocida por un nombre impuesto desde fuera, el de la Invencible. En ella hubo una Escuadra de Guipúzcoa, perecieron casi medio millar de marinos guipuzcoanos y entre ellos casi 150 donostiarra. Su General Miguel de Oquendo murió muy cerca de donde nosotros nos hallamos. ¿Quién se ha acordado de ellos? ¿Quién recuerda que en este Museo en que nos hallamos, que fue convento dominico, ingresó en la Orden y en esta iglesia donde nos encontramos asistió a coro, nuestro reciente Santo guipuzcoano, Santo Domingo de Erquicia?

* * *

Esta tarde nos reúne el recuerdo de un famoso cuanto triste incendio de la ciudad. ¿Os diré que lo recordamos por ser el más

(*) Discurso conmemorativo leído en San Telmo el 31 de agosto en acto presidido por el Sr. Alcalde de la Ciudad, D. Xabier Albistur.

reciente? Porque de incendios, San Sebastián tiene una larga historia, y de incendios terribles. Serapio Múgica hizo el recuento de ellos, extrayendo noticias del Dr. Camino, de Gorosábel y de Zuaznavar.

El primero, considerable, tuvo lugar antes de 1266. El segundo, en que se quemó toda la villa, fue el 30 de junio de 1278. El tercero, también total, fue el 17 de marzo de 1338. Lo nuevamente edificado se volvió a quemar el 17 de enero de 1361, y lo mismo ocurrió el 14 de febrero de 1397. El sexto ocurrió el 29 de junio de 1433; se quemaron cuarenta casas y el fuego ayudó a terminar con una epidemia. El séptimo, el 28 de enero de 1489, por descuido de una criada de Miguelco Joan de Aguirre, llamado de Blancaflor por su carita blanquísima cuando era niño, redujo a cenizas toda la villa y se salvaron nada más que tres casas-torres, la del preboste Miguel Martínez Dengómez, la del bachiller Juan Sánchez de Elduayen y la de Miguel Pérez de Ojanguren. Este episodio provocó las Reales Cédulas de los Reyes Católicos que dispusieron se construyesen las casas de piedra y arbitraron ayudas para su construcción. Incendios todos en tiempo de paz. En 1512 cuando los franceses invadieron la Provincia, los vecinos de San Sebastián quemaron 166 casas de los arrabales. El noveno incendio ocurrió en 1524. Tras un largo paréntesis, el fuego de un pajar ayudado por la pólvora de un almacén cercano, duró seis días y arrasó 120 casas. La villa acordó que en memoria del acontecimiento se hiciese anualmente una procesión por las calles el día de Santa Dorotea, después de una Misa. ¿Quién se acuerda de la promesa? Nos acordamos de Santa Bárbara cuando truena, y de Santa Dorotea cuando en su día nos libramos del fuego. Si caéis en Munster de Westfalia un día señalado de junio, veréis cómo se congrega procesionalmente toda la ciudad en la gran plaza de la Catedral en conmemoración de un gran incendio de la ciudad de los años mil seiscientos y tantos. Eso es memoria. En 1738, en un incendio parcial, pero fuerte, alarmó a San Sebastián y con tal motivo se sacó de su camarín a la Virgen del Coro que convirrió la plaza mayor en un templo.

Ya veis por todo ello que las bodas de San Sebastián con el mar, simbolizadas en la nao de su escudo, hacen *pendant* con las bodas con el fuego.

* * *

Un incendio más, y total, se abatió sobre San Sebastián, esta vez obra de hombres, de los que venían a liberar a la ciudad del yugo napoleónico. No voy a contaros una vez más las circunstancias de aquel asalto de guerra a la plaza fuerte donostiarra en 1813. El 21 de julio el gobernador francés de la plaza, había rechazado la propuesta de rendición del General inglés Graham. Tras unos días de preparativos y de acción artillera, que incendió la ciudad, aunque se pudo dominar el incendio, se produjo un primer ataque el 25 de julio, con resultado negativo y sensibles bajas para el ejército anglo-portugués asaltante. No se suele decir que este primer incendio arrasó sesenta casas, y que los franceses hicieron casi doscientos prisioneros.

El 15 de agosto no sé si hubo Salve, pero sí hubo repique de campanas —obligado— y un letrero luminoso en la cima del castillo en que se leía: *Vive l'Empereur*, Viva el Emperador. Era el día de San Napoleón. Permitidme un pequeño inciso sobre esta fiesta celebrada por los soldados franceses en San Sebastián. Es un capítulo que pertenec a la historia política, no a la hagiografía. En efecto, Napoleón había nacido en Ajaccio (Córcega) un 15 de agosto. A partir de 1801 sus aduladores se preocuparon de consolidar el prestigio popular del hombre cuya ambición crecía con los éxitos. Ya iba quedando lejos la fecha mítica del asalto a la Bastilla —el 14 de julio— y era conveniente sustituir una fiesta popular del Ancien Regime, precisamente el 15 de agosto, natalicio de Napoleón y día en que se celebraba la procesión llamada del Voto de San Luis. El Corcordato con Pío VII firmado el 15 de julio quería que fuese pueblicado el 15 de agosto. El 3 de agosto de 1802 Napoleón fue nombrado Cónsul vitalicio, pero se publicó tal nombramiento el 15 de agosto. Pues bien, el ave rapaz que jugaba con los tronos y con el mapa de europa, instituyó por decreto la fiesta de San Napoleón el 15 de agosto. Un santo inexistente, al que se empezaron a erigir altares. ¿No celebraba la monarquía el día de San Luis, Rey de Francia? El Ministro Portalis el 19 de febrero de 1806 estableció por decreto que «la fiesta de San Napoleón era la del restablecimiento de la religión católica en Francia» y sería celebrada anualmente el

15 de agosto. Más grave es que ratificó tal decreto el Legado pontificio Cardenal Caprara.

Inventado y brutalmente impuesto el santo, había que darle justificación histórica. En el Martirologio de Benedicto XIV figura un San Neopolis. El Neopolis fue transformado en Napoleo, en italiano Napoleone. El 15 de agosto de 1806 se celebró por primera vez la fiesta, más en honor de Napoleón que del santo inventado, con homilía en honor suyo y asistencia de las autoridades «civiles, militares y judiciales». En Roma no fue aprobada tan absurda medida, mas tampoco el momento era para enfrentamientos por cosas tan ridículas. En 1814 con Napoleón, caía San Napoleón. Un decreto del nuevo monarca, Luis XVIII del 16 de julio anulaba los decretos anteriores relativos a la fiesta del 15 de agosto. Años más tarde, Napoleón III instituía la fiesta nacional del 15 de agosto, no como la de San Napoleón, sino simplemente como la fecha de nacimiento de su tío el Emperador. «Tal es —comenta Gerard Mathon— la breve historia del culto de un mártir que nació, más de la imaginación de los aduladores que de la realidad histórica con la que tiene bien poca relación». Ya veis, el 15 de agosto de 1813, los franceses celebraron por última vez a San Napoleón, o más bien, la fiesta de su idolatrado Emperador, cuyos días estaban contados.

* * *

Mientras los franceses celebraban rumorosa y luminosamente esta fiesta, los ingleses fueron desembarcando más artillería en Pasajes, disponían ya de 117 piezas, fuerza poderosa nunca empleada en otros asedios de aquella guerra. Los presagios para San Sebastián eran negros y hubo gente que pudo salir de la ciudad antes del asalto final. Al menos no verían sus horrores. Algunos de estos vecinos huídos, ya el 4 de agosto dirigieron una carta a Lord Wellington, expresando sus temores por la suerte de la ciudad y de sus vecinos. En ella dicen algo en lo que se ha reparado suficientemente: En efecto, manifiestan que «los soldados ingleses y portugueses decían públicamente en los campamentos y caseríos en que estaban alojados, que si entraban por asalto en San Sebastián, pasarían a cuchillo a todos los habitantes y arrasarian la ciudad». Es una

tragedia anunciada, aunque inexplicable. ¿Qué tenían que ver los donostiarros con la defensa de la ciudad por una guarnición francesa, a las órdenes de Napoleón? La contestación del Mariscal Miguel de Alava desde Lesaca y de parte de Wellington, no despejaba los sombríos augurios. Respondiendo al temor manifestado por los donostiarros refugiados en Pasajes, decía:

«En cuanto la conducta que podrán observar las tropas en el momento del asalto pueden VV. SS. vivir seguros que S. E. tomará y habrá tomado cuantas determinaciones sean posibles con el fin de evitar cualquiera desorden; pero ni S. E. ni el primer General del mundo pueden asegurar esto si el asalto es de noche, ni tampoco si siendo de día hay mucha resistencia en la Brecha. Cuantos saben lo que es una plaza tomada por asalto y cuantos han sido testigo de semejante operación, están convencidos de esta verdad, sin que hasta ahora se haya hallado un remedio para este mal en cuantos ejércitos tiene Europa».

Era un aviso temible, aunque ilógico. Si hubo resistencia, y fuertes bajas por parte de los asaltantes, aquella y éstas por el ejército francés que se batió con denuedo, mientras los donostiarros metidos en sus casas esperaban la llegada de sus liberadores, que desgraciadamente no fueron los batallones guipuzcoanos empleados en otras operaciones cercanas, sino el ejército aliado anglo-portugués. Este penetró en la ciudad a primeras horas de la tarde del 31 de agosto, mientras los franceses se retiraban al castillo. La alegría de los vecinos se transformó en pasmo cuando al salir al encuentro de sus libertadores, éstos les dispararon. Muy pronto iniciaron la orgía descrita por los coteáneos con colores muy vivos y precisos. A una tarde horrorosa siguió la noche aciaga, con el saqueo más brutal, violaciones sin cuento, gentes refugiadas en las cloacas o escondidas en los tejados. La naturaleza se asoció con aguaceros tremendos. Punzaban el ruido de la lluvia gritos y lamentos de los vivos, mientras presenciaban la muerte de seres queridos. El 1 de septiembre se permitió salir, semidesnuda, a la población superviviente, a veces para acabar de morir, y aún fueron llegando desde Astigarraga tropas con mulos para hacerse con el botín y marinos ingleses surtos en Pasajes. Aunque la mitad de la población había salido antes del asalto, el Ayuntamiento dirá que murieron 1.200

personas, aproximadamente una tercera parte de las que se quedaron.

* * *

La conquista de la plaza de San Sebastián fue terrible —la Gibraltar del Norte, la llaman—, muy cuantiosas las bajas de los asaltantes en muertos y heridos, muchos de ellos oficiales y de graduación. Ahí teneis, en la carpeta que se presenta esta tarde, números y nombres, reproducidos en su día por periódicos escoceses que hasta ahora desconocíamos, el *The Edimburg Advertiser* y el *The Edimburgh Evening Courant*. Reproducen noticias del Mayor Hare, del General Graham, cartas, etc... Es la prosa, seca y aburrida, de militares, que hablan de murallas, coberturas, mandos, éxitos, pérdidas, celo, habilidad, disciplina, feroz fuego, precisión de tiro, gallardía, excelente conducta, valiosos servicios, capacidad digna de elogio... con una retahíla inacabable de personas cuyos servicios y méritos se enaltecen para la consiguiente recompensa. Son las glorias del asalto... de los que vencieron, aun reconociendo «severas pérdidas». Se habló de 2.000 entre muertos y heridos. Es un capricho bibliográfico poder tener en la mano estos viejos periódicos escoceses, que nos hacen saber que con motivo de la caída de la San Sebastián asaltado, repicaron las campanas y tronaron los cañones en Edimburgo.

Pero nada dicen del incendio de la ciudad, como yo tampoco hasta ahora. Y este es el punto más grave de esta historia y el que ha dado mayores quebraderos de cabeza a los historiadores, arrojando un saldo de responsabilidades muy negras sobre sus autores. Incendio que no ocurrió el 31 de agosto, como se suele creer, sino en los días posteriores; y consiguientemente no fue efecto inevitable del asalto, sino fruto de acción premeditada una vez conquistada la ciudad. En despachos oficiales, en artículos de prensa, hasta en alguna rara carta privada, los ingleses guardan el más espeso silencio sobre el asunto. Y sin embargo, en septiembre de aquel mismo año, se comenzaron a levantar voces acusadoras. Juan Bautista Olaechea editó los artículos aparecidos en Cádiz en un periódico de época, *El duende de los Cafees*, donde reiteradamente se acusaba a los ingleses del enorme atropello: no a la nación in-

glesa, sino a las tropas inglesas asaltantes y, no en escasa medida, a sus jefes. Hechos, no reflexiones. No desastres causados en el asalto, sino después de él. Las protestas del embajador en Cádiz, Mr. Smith, no acallaron a la revista que fue dando más y más noticias y publicando cartas muy elocuentes procedenae de San Sebastián. Pronto la ciudad exigiría responsabilidades al mismísimo Wellington. Este se defendió malamente, negó la verdad y acabó no queriendo recibir más instancias; y requerido más tarde por la Regencia se negó a contestar diciendo que él daba cuenta a la autoridad británica. No estuvo a la altura de sus bien ganadas glorias.

Todos teneis presente otro acontecimiento similar de nuestros tiempos en que tan burdamente prosperó la mentira, hasta que se ha aclarado la verdad de los hechos: Guernica. Algo similar ocurrió con el incendio de San Sebastián. Se pretendió ahogar la verdad, se atribuyó a los franceses, se le consideró mero efecto de la guerra. Bajo el seudónimo de «El brujo Mirringui Velarde», en *El Duende de los Cafees* se decían cosas muy precisas:

«La mañana del primero —de septiembre— se dio principio al incendio, empezando por una de las esquinas de la calle Mayor. Por la tarde pegaron fuego a la calle de la Escotilla. La mañana del dos a la del Puyuelo; en su tarde a la de Juan de Bilbao y a la Plaza Nueva. En una palabra la ciudad ha sido incendiada metódicamente y a medida que se hacía limpieza interior de las casas. El enemigo —el francés— no ha hecho fuego ninguno en todo este tiempo, es decir, en todo el que medió desde que se refugió al castillo, hasta la ruina total de la ciudad. Sin embargo se ha libertado de las llamas una acera de casas de la calle de la Trinidad y éstas son las que sirven en la actualidad de cuarteles».

Incendio metódico, hasta ayudado por mixtos que se hicieron en la calle Narrica y se vaciaban en unos cartuchos largos, con los que se propagaba el fuego con prontitud asombrosa. De 600 casas quedaron 36.

«San Sebastián ya no existe», decía el Ayuntamiento en un Manifiesto. «La Gazeta de Madrid» iba más allá, equivocándose en sus vaticinios: «De San Sebastián no quedará sino la memoria de dónde estuvo situada». El General Leith, uno de las figuras del asalto, cuenta en sus Memorias: «Ascendí la brecha —el 2 de septiem-

bre— y seguí la cortina, que presentaba un aspecto indescriptible de horror y destrucción. El calor de los casas era excesivo. De la masa de fuego salía a intervalos el ruido que hacían los soldados aún acupados en aumentar las miserias acumuladas sobre la ciudad. Nunca en los anales de la guerra hubo caso de más completa aniquilación que el de San Sebastián».

«No hay ejemplar —decía el Ayuntamiento— en la historia de destrucción más horrorosa y de más fatales consecuencias, de que se resentirá la posteridad y muchas plazas de Europa».

* * *

«No hay ejemplar», «nunca en los anales de la guerra hubo caso de más completa aniquilación»... Acaso sea exageración. Desde el incendio de Troya hasta 1813 han ocurrido muchas barbaridades en la historia de la humanidad. Y la capacidad destructora del hombre es superior a su fantasía. ¡De qué vamos a presumir los hombres del siglo XX sino de hecatombes y holocaustos mucho mayores y terroríficos, y de miedo ante lo que nunca se ha visto ni probado, pero es real, al menos en potencial destructor!

«De San Sebastián no quedará sino la memoria de dónde estuvo situada». Al menos, quedó la hilera de la calle 31 de agosto —la vieja de la Trinidad— y sus dos parroquias, quedó San Telmo y Santa Teresa... y quedaron muchos donostiarras. Y a ellos les debemos que de San Sebastián quede más que un lugar desierto y su memoria. No sé por qué conmemoramos un horror, un episodio de destrucción y de muerte, estéril hasta en su recordación. Debíamos recordar más bien el gesto de los donostiarras reunidos unos días después en Zubieta, porque ese sí que es ejemplar y fecundo, estimulante, signo de vida y de esperanza, reconstructor. Gracias a él San Sebastián resurgió de sus cenizas y existe, más bella que nunca en donde estuvo situada, y ha ido ganando en paz espacios para su nueva andadura de ciudad abierta y, parece que, divorciada definitivamente del fuego.